

LOS MERCENARIOS ESPAÑOLES EN LA SEGUNDA GUERRA PUNICA

por ANTONIO GARCIA Y BELLIDO
Catedrático de la Universidad de Madrid

I

HASTA LA BATALLA DE CANNÆ (218-217 a. J. C.)

La segunda Guerra Púnica, la llamada de modo distintivo «hanibálica» por su principal protagonista y para diferenciarla de la primera (264-241), y tercera (destrucción de Cartago, 146), comienza, como es bien notorio, so pretexto de la violación por parte de Carthago de un famoso tratado de hacia el año 226, en el cual estaban implicados, con Roma, las ciudades a ella unidas. Este era, al parecer, el caso de Saguntum. Pero aparte este tratado y los anteriores y aparte, también, de las demás razones de unos y otros, había de hecho una enorme tirantez entre Roma y Carthago, la última de las cuales no se había resignado a las pérdidas originadas por la Primera Guerra, que había costado a Carthago: Sicilia, Cerdeña y Córcega.

Los Barcas, familia de preeminente abolengo y autoridad en Carthago, tomó como cosa propia esta rivalidad y rencor. En consecuencia, actuaron o bien sin contar con el Senado cartaginés, o bien en abierta contradicción con él. Los Barcas se habían erigido en cabeza de un partido nacional, militarista, que predicaba el rearme y el desquite. Este partido «revanchista» envió a España a Amilkar Barca, que supo crear en la Península Ibérica una «provincia» para utilizarla en su tiempo como inagotable cantera de hombres, armas, vituallas, dinero y para hacer de ella, cuando llegase la hora, la base de partida de un formidable ejército que habría de invadir Italia por caminos no hollados aún en son de guerra: el camino del Norte, el de los Alpes.

La primera etapa del audaz proyecto fue hábilmente lograda por Amilkar y su sucesor Asdrúbal, ambos Barcas. La última fase del plan la puso en marcha el hijo de Asdrúbal, Hanníbal. Comenzó, como es harto sabido, con la toma de Saguntum hacia fines del año 219 y prosiguió con el cruce del Ebro y el paso de los Pirineos al iniciarse la primavera del año 218 a. J.C.

El ejército que llevaba Hanníbal estaba formado en gran parte de mercenarios y tropas auxiliares; de ellos muy buena parte eran iberos, según veremos. Es la actuación de estos últimos lo que ahora nos importa y lo que nos va a ocupar en las líneas que siguen. Naturalmente, dada la índole del tema, el desarrollo de la guerra en sí queda al margen de nuestro cometido. Pero no del todo, pues como los acontecimientos en que vamos a ver a los mercenarios iberos no pueden comprenderse, ni valorarse, ni se pueden situar en tiempo y lugar precisos si no es colocándolos en el momento histórico en que se produjeron, nos hemos visto obligados a dar a cada hecho su ambiente, siquiera sea de un modo meramente introductor y sumario.

* * *

Conviene advertir, empero, que este estudio es más bien un catálogo comentado de las citas antiguas referentes a la actuación de los mercenarios españoles en el ejército hannibálico y no una exposición crítica de los hechos en que aparecen mezclados (1).

Sería desorbitar el tema si ahora pretendiéramos tratar *in extenso* el arduo problema de las fuentes. Baste saber que las dos principales para los acontecimientos que nos van a entretener son Polybios y Livio. El historiador griego escribe a mediados del siglo II a. J.C.; el latino como un siglo y medio después. Ambos, empero, usaron de una misma fuente principal. De ahí el asombroso paralelismo de sus narraciones. Sin embargo, hagamos constar que hay también, de vez en cuando, divergencias y diferencias, pues

(1) Y a este propósito me interesa mucho advertir al lector que son muy pocos los textos aquí colacionados que fueran ya recogidos por Schulten en sus *Fontes Hispaniae Antiquae*. La razón de esta notable ausencia, en un libro donde se pretendió recoger todas las referencias directas e indirectas tangentes a nuestra antigua historia, la ignoramos.

no fue sólo una fuente las que ambos usaron, sino también otras menores, a más de la principal, como fueron los analistas para Livio. Parece que para Polybios la principal fue Fabius Pictor, el primer historiador romano, que redactó su obra (perdida) en griego, poco después de acabada la contienda. Es posible, incluso, que Livio siguiera a Pictor no directamente sino a través de Polybios, lo que explicaría aún mejor el asombroso paralelismo de muchos de sus pasajes. Después de ellos habría que citar a Appianós, un historiador alejandrino que escribió en griego hacia mediados del siglo II de la Era. A éste aún puede añadirse Ploútrachos, su coetáneo, y Cornelius Nepos, que lo fue en parte de Livio. Las referencias de Cassius Dio son escasas, por haberse perdido los libros pertenecientes a esta época.

La bibliografía referente a estas guerras es inmensa. No es tampoco oportuno aducirla ahora. Pero para el que quiera valorar en su proporción justa los episodios aquí destacados de un modo forzosamente desmesurado, hipertrófico, puede acudir a los tratados clásicos más modernos que sobre ellas se han escrito. Me permito indicar tres o cuatro: Kahrstedt, en Meltzer-Kahrstedt, *Geschichte der Karthager*, III, Berlín 1913; De Sanctis, *Storia dei Romani*, III, 1-2, Torino-Roma, 1916-17; E. Pais, *Storia di Roma durante le Guerre Puniche*, 2 vols., Roma 1927; del mismo, en la *Histoire Romaine*, dirigida por Glotz I, París, 1940; Kromayer, *Antike Schlachtfelder in Italien und Afrika*, III, 1. Berlín 1912 y, del mismo, el complemento *Shlachtenatlas zur antiken Kriegesgeschichte; Röm. Abteilung*, Leipzig 1922. F. W. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, vol. I *Commentary on Books I-VI*. Oxford, 1957. En estas obras se hallará la bibliografía pormenorizada y oportuna. Nosotros en nuestra exposición nos apoyamos directamente en los textos-fuentes, dejando de lado, por lo general e intencionadamente, los problemas menudos que suscitan.

Hanníbal envía 14.920 guerreros hispanos a Africa. Año 218

La primera precaución del general cartaginés antes de ponerse en marcha hacia Italia, fue asegurar su retaguardia. Para ello envió al Norte de Africa un contingente numeroso de soldados ibéricos y trajo a España otro de africanos. Era el modo de precaverse contra posibles levantamientos y sediciones de africanos o iberos, más

fáciles en sus propias tierras que desterrados. Polybios da algunos datos sobre estos cambios recíprocos: «Los que pasaron a Libya —es decir, Africa— eran thersítai, mastianoí, oretes, íberes y olkádes. El total de esta gente ascendía a 1.200 jinetes y 13.850 infantes. Pasaron también 870 baliareis, llamados propiamente honderos, pues el uso de este arma ha dado nombre a este pueblo y la isla que habitan». Este es el texto polybiano al que nos hemos ceñido estrictamente, respetando la grafía original (Pol. III 33, 8 y ss.).

Conviene aclarar algunos extremos. Los thersítai son sin duda los tartessios, es decir, gentes del bajo Guadalquivir y zona del Estrecho; los mastianoí, habitantes de la región S. E., donde vivían los de otro modo conocidos como mastienos, con Mastia (acaso una primitiva Cartagena) por capital; los oretes son los oretanos, ocupantes del curso alto del Guadiana; y, finalmente, los olkádes, vecinos de los oretes. Todas, pues, gentes del Mediodía de la Península. A ellos han de agregarse los baleares (2). ¿A dónde fueron llevados estos contingentes? El mismo Polybios nos lo dijo líneas después (Pol. III 33, 12): «La mayor parte de esta tropa se acantonó en Metagonia de Libya y alguna en la propia Carthago». Metagonia, es la región entre Orán y Melilla.

Los 15.200 hombres que en reciprocidad puso Hanníbal en España eran, en su casi totalidad, indígenas del Norte de Africa, pues hay que exceptuar de ellos 500 baleares que, por no ser ni africanos ni peninsulares, podían guarnecer indistintamente Africa y España.

Si a los 15.920 hispanos enviados a Africa añadimos estos 500 baleares, el número de españoles utilizados por Hanníbal en estos preparativos bélicos hacen un total de 16.420 que, naturalmente, no figuraban en el ejército expedicionario que el general cartaginés preparaba para caer sobre Italia, en el cual también los españoles estaban en gran proporción, como luego veremos.

Lo curioso es que la arqueología ha podido situar la estancia de algún destacamento de este ejército de seguridad africano en las cercanías de Orán donde, hacia el año 1934, se descubrió una

(2) Polybios hace, a propósito de ellos, una falsa etimología creyendo —como después repetirá y tratará de explicar Diódoros en V 17, 1— que los baliareis se dieron a sí mismos este nombre del verbo griego *ballein* = arrojar. Sobre este nombre véase mi trabajo de *Emerita* 3, 1935, 248 ss.

necrópolis ibérica cuyos ajuares se conservan hoy en el Museo Arqueológico de Madrid (3).

El contingente ibérico en el ejército que Hanníbal condujo sobre Italia en el 218

Como vamos a ver en los párrafos subsiguientes actuar a los mercenarios iberos en todas las batallas desde los Pirineos hasta el Sur de Italia, conviene saber a cuánto ascendía el elemento peninsular y en qué proporción se hallaba dentro del ejército púnico tomado éste en su totalidad.

Dice Polybios que, ya preparado Hanníbal, dio la orden de marcha a su ejército (mayo de 218). Partieron 90.000 infantes y unos 12.000 jinetes (Pol. III 35, 1). Poco más adelante nos dice el mismo historiador que entre el Ebro y los Pirineos menguó este enorme ejército en casi su cuarta parte, pues Hannón se quedó en la Península con 10.000 peones y 1.000 jinetes, y otros tantos fueron licenciados antes de superar los Pirineos (Pol. III 35, 4-5). En total —resume el mismo Polybios en III 35, 7— Hanníbal se quedó con 50.000 infantes y 9.000 caballos. Es decir, unos 60.000 hombres.

Los 11.000 hombres licenciados antes de llegar a los Pirineos lo fueron, según Polybios, por razones políticas y con el ánimo de mantener en todos las esperanzas de vuelta. Pero, en realidad, fue consecuencia de un conflicto grave que Hanníbal se vio obligado a resolver con tan importante medida. La verdad es que los mercenarios iberos habían iniciado su marcha sin saber realmente a dónde eran llevados. Cuando, ya al pie de los Pirineos, se enteraron que caminaban hacia Italia, alejándose cada vez más de sus casas y de los suyos, algunos se arredraron. Sabemos que 3.000 carpetanos se volvieron a su tierra (Liv. XXI 23, 4; Front. *Strat.* II 7, 7), «no por la guerra misma —explica Livio en el lugar citado— sino por las distancias y las dificultades del paso de los Alpes». Hanníbal no quiso retenerlos a la fuerza por miedo a sembrar el descontento entre los

(3) Sobre esta necrópolis y sus materiales arqueológicos, así como su relación con los acontecimientos que estudiamos, ver mis trabajos: «Una necrópolis en Orán», *Investigación y Progreso*, 8, 1934, 366 ss.; *Archivo Español de Arqueología*, 30, 1957, 94 ss.; *Archäol. Anzeiger*, 1941, 240 ss.

demás, y prefirió quitarle importancia a la defección licenciando otros siete mil hombres elegidos entre los menos animosos, simulando de paso que los carpetanos habían partido también licenciados de grado.

Las cuentas no salen, sin embargo. Si se inició la campaña con 102.000 hombres y entre los dejados a Hannón y los licenciados sumaban 22.000, que hay que restar, por lo tanto, de los 102.000, quedan en realidad, no 59.000 como dice Polybios en III 35, 7, sino 80.000. Sin duda que, vencidas las tribus que poblaban las tierras al N. del Ebro, Hannibal engrosó su ejército con elementos de estas tribus de las que hubo de sacar, por consiguiente, unos 20.000 hombres.

No debemos de desconfiar de las cifras dadas por Polybios, pues éstas, como otras que luego veremos, proceden de un documento original que el gran historiador griego tuvo en sus manos, nada menos que mandado escribir por el mismo Hannibal en una tabla de bronce que hizo colocar en el templo de Hera Lakinia, en Króton, actual Crotone, en la Italia Meridional. Nos lo dice el mismo Polybios saliendo al paso de aquéllos que se extrañen de tanta precisión (ver Pol. III 33, 17-18 y III 56, 4).

Pues bien, de este documento proceden también las siguientes cifras referentes al número de soldados que quedaron tras superar los Pirineos, atravesar el Rhódano y pasar los Alpes: «El número de hombres que habían quedado salvos a Hannibal sumaban 12.000 infantes libyos, 8.000 iberos y 6.000 caballos» (Pol. III 56, 4).

En suma, para lo que a nuestro cometido se refiere, las campañas de Hannibal en Italia iban a dar comienzo con una fuerza en la que más de su tercera parte (pues hay que añadir a los 8.000 infantes iberos parte de la caballería, citada como española varias veces después) estaba integrada por elementos españoles. Así cabe resumir diciendo que: de los 26.000 hombres que lograron bajar a las llanuras del Póo, 10.000 u 11.000 eran hispanos. El resto, en su mayoría, indígenas africanos (citados por Polybios en III 33, 13 ss.) y, en número proporcionalmente muy inferior, carthagineses propiamente tales, que debían de tener los mandos principales y los cargos técnicos. Hubo también iberos con cargos altos, como oportunamente veremos, pero ello no fue sino excepción.

Cruce del Rhódano

El paso de los Pirineos parece que Hannibal lo hizo por el único cómodo posible entonces como hoy. Por La Junquera-El Perthus, por donde pasa aún la carretera general entre España y Francia. Pero advertimos que no es del todo seguro haya sido precisamente así.

Próximamente va las huestes de Hannibal a la gran corriente fluvial del Rhódano, el general cartaginés sentó los reales en su orilla derecha, a cuatro jornadas al N. de su desembocadura. Quizás en Beaucaire. Mas como los indígenas no se mostraron propicios a dejarles franquear el río sin lucha, Hannibal, prudentemente, mandó a Hannón para que en la primera vigilia de la noche se partiera en silencio con un destacamento río arriba. A unos doscientos estadios (unos 37 km.) del punto de partida cruzó la corriente sin que lo advirtieran los enemigos, concentrados en la otra orilla frente por frente del grueso del ejército cartaginés. Aquel paso lo facilitó una isla que se supone estaba hacia Barthelasse, cerca de Aviñón. El destacamento que mandaba Hannón estaba compuesto «principalmente» de iberos (*maxime Hispanis*, dice Livio, XXI 27, 2-3) (4). Si eligieron a los iberos como parte importante en la añagaza, es por que tenían fama de estar avezados a ella. Acostumbraban, en efecto, llevar consigo, como equipo, unos pellejos que, inflados, solían servirles para atravesar los ríos. César atestigua que los soldados ligeros de la Citerior iban a la guerra siempre con sus odres (*caetrati citerioris Hispaniae... quod consuetudo eorum omnium est ut sine utribus ad exercitum non eant*, Caes. BC. I 48, 7). Este debió ser el caso también en el cruce del Rhódano, y Livio lo confirma al añadir que, en tal coyuntura, «los hispanos, sin mas preparativos, pusieron sus vestidos sobre unos odres, encima los escudos y, echándose sobre ellos, cruzaron el río» (Liv. XXI 27, 5). Fueron, pues, los primeros en atravesar el Rhódano. Establecida la cabeza de puente en la orilla izquierda del río y amenazando el flanco de los enemigos, que esperaban desprevenidos ante Hannibal, facilitaron el paso del

(4) Para el problema topográfico véase últimamente J. VALLEJO, *Tito Livio, Libro XXI*, Madrid 1946, pp. LXXX ss., que lo resume muy bien.

grueso del ejército. Polybios, que narra también el episodio (Pol. III 42), no menciona, sin embargo, a los iberos.

El recuento que tras el cruce del Rhódano hizo Hannibal de sus huestes arrojó esta cantidad, registrada escrupulosamente por Polybios: 38.000 infantes y más de 8.000 jinetes (Pol. III 60, 5) Entre los Pirineos y el Rhódano había perdido, pues, 13.000 hombres. Al no citarse ninguna batalla que explique por su encarnizamiento una pérdida tan alta, es de sospechar que el ejército carthaginés hubo de mermar nuevamente con fuertes deserciones.

Tránsito de los Alpes. 218

En este famoso episodio de la Segunda Guerra Púnica, que tanto ha excitado el interés de los críticos militares (5), no son mencionados expresamente, en ninguno de los textos llegados a nosotros, ni los iberos ni los demás mercenarios. Pero allí estaban, con todo el grueso del ejército carthaginés. No vamos a repetir las patéticas descripciones de los historiadores clásicos, en especial de Polybios, que, interesado por la hazaña, estuvo personalmente en el lugar e inquirió noticias de algunos coetáneos del hecho (Pol. III 48, 12); vamos únicamente a comentar de nuevo unas cifras.

Cuando después de aquellos tremendos quince días que duró el traspaso de la cordillera, Hannibal vio ante sí la fértil llanura del Poo e hizo recuento de sus hombres, halló que «los elementos de que contaba se reducía a 12.000 infantes libyos, 8.000 iberos y 6.000 caballos» (Pol. III 56, 4). En total 26.000 hombres. De ello se deduce que entre el cruce del Rhódano y la superación de los Alpes había perdido 18.000 hombres de a pie y 2.000 caballos. Es decir, que casi la mitad de los efectivos cayeron víctimas del paso de los Alpes y las luchas habidas con los indígenas, que hostilizaron constantemente a Hannibal. Los que sobrevivieron —añade Polybios en III 60, 5— parecían casi una «manada de fieras» (οἶον ἀποτεθηρωμένοι πάντες ἦσαν) (6)

(5) Un bello resumen del problema, poniendo al día sus conclusiones, puede verse en la introducción del libro de J. VALLEJO, *Tito Livio: Libro XXI*, Madrid 1946, LXXX ss.

(6) Según L. CICIUS ALIMENTUS, a quien copia y cita LIVIO en XXXI 38, 5, las pérdidas de Hannibal en la ruta alpina se elevaron a 36.000 hombres. Pero

Hemos dicho antes que en el paso de los Alpes no son citados expresamente los iberos, como tampoco los demás mercenarios, pero que es indudable que allí habían de estar por ser luego varias veces citados en Italia. Sin embargo, hay una mención que a estos efectos tiene su valor de testimonio, si bien va inserta en una alocución puesta en boca de Hannibal a la vista de las llanuras del Poo, y ya sabemos que estas arengas y discursos son pura invención retórica. La alocución de Hannibal figura tanto en Polybios (III 63) como en Livio, pero es este último quien nos da ahora la noticia de la presencia de lusitanos y celtiberos en Italia: «Hasta ahora, cuidando vuestros ganados por los vastos montes de Lusitania y de Celtiberia, no habéis logrado ver el fruto de tantas fatigas y peligros. Ya es hora de que recibáis vuestra recompensa y logreis el premio de vuestros esfuerzos, vosotros, que habéis recorrido tan largos caminos por tantos montes y tantos ríos y a través de tantas naciones en armas. La fortuna ha puesto aquí fin a vuestras penalidades y aquí se os dará la recompensa merecida» (Liv. XXI 43, 8 ss.). El texto tiene importancia además por denunciarnos el ambiente social y económico en que estas tropas mercenarias eran reclutadas (7).

Batalla del Ticinus y cruce del Poo. 218

En la primera batalla librada por Hannibal en Italia, la habida a orillas del Ticinus (hoy Tesino), tampoco se nombran los iberos, pero sí en la inmediata acción del paso del Padus (Poo). Derrotado Scipio en el Tesino, debió de salvar sus tropas colocándolas tras la línea del Poo. Para ello emprendió un rápido repliegue hacia el río. Hannibal, por su parte, procuró cortarle la retirada o alcanzar el puente antes de que los romanos lo destruyeran. Pero no logró su propósito. Aquí dice Livio (XXI 47, 4-6) lo que sigue: «Asegura Coelius que Magón pasó en el acto el río a nado con la caballería y la infantería de hispanos... sobre odres inflados». Aquí, como antes en el Rhódano, fueron los españoles con sus odres los primeros en

unánimemente se suele rechazar esta cifra por inverosímil, y más teniendo los datos de Polybios que bebió en una fuente inmejorable.

(7) Sobre el problema, ver mi libro *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid 1945 = *Hispania* 5, 1945, 547 ss.

pasar a la otra orilla del río, estableciendo la cabeza de puente necesaria entonces para sacar fruto a la victoria. Hannibal pasó por unos vados utilizando los elefantes como dique contra la corriente, cosa que no cree Livio porque —dice en XXI 47, 5— «ya lo habían pasado todos los españoles con sus odres inflados. Prefiero creer —añade— a los que dicen que en cuanto a los dos días halló punto a propósito para lanzar un puente, pasó Magón el primero con la caballería hispana libre de impedimenta» (Liv. XXI 47, 6). Magón, a continuación, penetró con sus jinetes una jornada camino de Placentia (hoy Piacenza), donde estaban los romanos (Liv. XXI 47, 7). Ya hemos visto que la caballería que mandaba en esta acción Magón era de españoles.

Batalla de Trebia. 218

La rota del Tesino obligó a Scipio a refugiarse en Plasentia y a Hannibal a plantar sus reales cerca de la misma. Pero la moral de los romanos estaba floja y la de sus aliados aún más decaída. A los romanos se les fueron cerca de 2.000 infantes y unos 200 jinetes galos. Scipio buscó posiciones firmes a orillas del Trebia, fortificándose en las eminencias contra la temida caballería púnica. Hannibal se fue en su seguimiento hostilizando la retaguardia con sus númeradas.

La llegada del cónsul Sempronius con las fuerzas destinadas en un principio a Africa, reanimó a Scipio. Ambos, sin embargo, no pensaban del mismo modo respecto a la situación. Scipio, herido y aplanado por su reciente fracaso, era partidario de llevar la guerra con prudencia y tacto. Sempronius, por el contrario, pretendía entrar al punto en batalla. Una escaramuza habida con la caballería carthaginesa y de la cual salió triunfante Sempronius, acabó de decidirle en sus propósitos de entrar en contacto con el enemigo lo antes posible.

Hannibal supo estos proyectos y, noticioso también del ardimiento de Sempronius, le tendió una hábil celada. Mandó a su hermano Magón con mil de a caballo, seleccionados, y mil de a pie, a ocupar una de las orillas del río. El, entre tanto, daba órdenes a la caballería númerada para que pasase el Trebia. Tenía el propósito de atraer al enemigo allí donde estaban los de Magón ocultos. Aunque los textos no lo digan, es muy probable que estas fuerzas de Magón

fueran, en parte al menos, de hispanos, hábiles en cruzar los ríos. El grueso del ejército carthaginés, bien comidos y dispuestos, debían de esperar órdenes.

No bien vio Sempronius como se acercaban a sus líneas los jinetes nómadas, deseoso como estaba de aprovechar la primera ocasión propicia para dar la batalla, mandó a su encuentro a la caballería y luego a 6.000 infantes, a los que siguió, después, el resto de las fuerzas. Era fines de octubre y el día había amanecido frío y brumoso. Nevaba. Sempronius había hecho salir con premura a los suyos sin darles tiempo para otros menesteres. Hombres y bestias partieron sin probar bocado y sin precaverse contra el intenso frío. El río venía crecido por las lluvias de la noche anterior. Avidos por caer sobre los nómadas, los romanos se metieron en el río hasta el pecho, saliendo de él entumecidos. Los púnicos, por el contrario, habiendo comido y hallándose entonados por hogueras oportunamente encendidas y fricciones de aceite, se encontraban en condiciones óptimas para la refriega que se aproximaba.

En este momento dice Polybios lo que sigue: «No bien vadearon el río los romanos, Hannibal, que esperaba el momento, envía por delante en ayuda de los nómadas a los lanceros y honderos baleares en número de 8.000 y, tras de ellos, sale él mismo con todo el ejército» (Pol. III 72, 7). Livio viene a decir lo mismo con estas palabras: «Hannibal coloca delante de la infantería pesada a los baleares y tropas ligeras, formando en todo como unos 8.000 hombres» (Liv. XXI 55, 2). A una distancia de ocho stadios del campo, Hannibal desplegó en alarde de batalla, al grueso de su ejército, formando en línea recta a su infantería, compuesta de casi 20.000 hombres, iberos, galos y libyos» (Pol. III 72, 8). La caballería —sigue diciendo el historiador griego—, que con la de los galos y aliados pasaba de 10.000 hombres, la colocó en las alas, anteponiendo a ellas los elefantes. En junto, pues, el ejército hannibálico sumaba en Trebia unos 40.000 hombres. Había aumentado considerablemente gracias a las aportaciones de los galos cisalpinos.

Viendo el cónsul el recio aspecto que tomaban las cosas ordena, a su vez, en línea sus fuerzas. Tenía también unos 40.000 hombres, de los cuales algo menos de la mitad eran romanos (cuatro legiones con un total de unos 16.000 hombres), los demás aliados y auxiliares. Ambas fuerzas estaban, pues equilibradas en número de combatien-

tes. Sin embargo, la caballería de los cathagineses eran superior en número y calidad a la romana.

«Comenzaron el combate los baleares» (Liv. XXI 55, 5) mas como las legiones romanas oponíanles resistencia demasiado tenaz, aquellas tropas ligeras fueron trasladadas pronto a las alas, lo que hizo que la caballería romana se viese agobiada en demasía, porque los 4.000 jinetes fatigados ya de luchar contra sus 10.000 enemigos en gran parte aún frescos, se veían ahora, además, «envueltos en la granizada de venablos que les lanzaban los baleares» (Liv. XXI 55, 6). No es de extrañar el lanzamiento de jabalinas por parte de los honderos. Estos, en casos, solían arrojar cualquier proyectil (8).

En el momento preciso, de entre los matorrales del río, salió Magón con los suyos que, cayendo sobre las espaldas de los romanos, sembró entre ellos el pánico. El desastre fue completo. Los romanos se batieron muy bien, incluso contra los elefantes, logrando 10.000 de ellos abrirse paso y ponerse a salvo de la derrota. «Pero los baleares —añade Livio— tras dispersar a la caballería acribillaba sus flancos con vanablos» (Liv. XXI 55, 9).

Resumiendo Polybios las pérdidas de los carthagineses en esta batalla, dice: «la mortandad entre iberos y libyos fue pequeña, pero para los celtas más considerable» (Pol. III 74, 10) (9).

Correrías invernales. Paso de los pantanos de Etruria. 217

En poco tiempo los dos ejércitos consulares habían sido derrotados. La noticia causó en Roma un terror pánico. Los elementos dispersos por la derrota fueron concentrándose en Plasentia, de donde Scipio salió con una parte buscando mejor refugio en Cremona. Ambos cónsules pensaban invernar allí y rehacerse. Hanníbal se había hecho dueño de toda la Galia Cisalpina, excepción de las dos plazas fuertes de Plasentia y Cremona. Los galos se le ofrecían por millares. El invierno, duro y temprano, dejó virtualmente inactivos a ambos ejércitos.

(8) Cfr. XXXVI 18, 5, donde el mismo Livio, refiriéndose a los honderos macedonios, dice: *fundis, velut nimum, glandes et sagittas simul ac iacula ingerebant*.

(9) Polybios emplea la voz *keltói*, equivalente la mayoría de las veces a *gálatai*, aludiendo en este caso concreto a los galos cisalpinos.

Hannibal, empero, se dedicó con diligencia a saquear los campos vecinos a las plazas mencionadas. «No se encontraban los romanos tranquilos en sus cantones por las continuas correrías de los jinetes nómadas o de los celtíberos y lusitanos cuando el terreno detenía a los primeros» (Liv. XXI 57, 5) (10).

Pasada la época más cruda del invierno y llegadas ya las primeras señales de la primavera, Hannibal se movió camino del Sur, en busca del ejército enemigo que en Etruria tenía ya preparado el cónsul Flaminius con el fin de interceptar al cartaginés el camino de Roma. Flaminius acampaba en Arretium (actual Arezzo). Otro ejército romano al mando del cónsul Servilius se hallaba en Arriminium (hoy Rimini), ya a orillas del Adriático. Hannibal prefirió ir al encuentro del primero a pesar de que el paso de los Apeninos era difícil en extremo, sobre todo por la extensa zona pantanosa que había que atravesar (11).

Tanto Polybios como Livio al hablar del modo cómo Hannibal dispuso sus tropas para superar esta difícil región, vienen a decir lo mismo. El primero así: «puso en vanguardia a los libyos e iberos con todo lo más fuerte del ejército, sumándoles la impedimenta a fin de que, por lo pronto, no les faltase cosa alguna» (Pol. III 79, 1; Liv. XXII 2, 3). Tras ellos hizo seguir a los celtas y detrás puso la caballería. Encargó a su hermano Magón que tuviese cuidado de aquéllos que, poco sufridos, intentarían rezagarse y evadirse. A continuación Polybios hace esta curiosa comparación entre los celtas, o galos, y los iberos y libyos: «los iberos y libyos, como caminaban por los pantanos cuando no estaban aún hollados y a más de ello eran gentes sufridas y avezadas a las fatigas, pasaron sin mucho trabajo» (Pol. III 79, 5). «Pero los celtas —añade a continuación—

(10) Sobre esta aptitud de los hispanos para luchar en terreno difícil, ver más adelante Liv. XXII 18, 2 ss., a propósito de las campañas de Hannibal en el S. de Italia.

(11) La situación de estos pantanos no es conocida. Tampoco es conocido el itinerario seguido por Hannibal en los Apeninos. STRABON (V 1, 11) los ubica antes de los Apeninos, en las llanuras del Poo, lo que es probable. Algunos opinan sea la región pantanosa del Arno, al N. de Arezzo. La mayor dificultad para situar estos pantanos estriba en que las fuentes literarias no hacen la menor referencia de si estaban antes o después del paso serrano y, sobre todo, el ignorar por dónde se traspuso la cordillera. Pero estos problemas, muy discutidos, no interesan ahora, como tampoco fue problema nuestro el paso de los Alpes.

avanzaban a duras penas, removido y pisoteado como estaba ya el fondo de las charcas, fatiga que se les hacía tanto más dura e intolerable cuanto que no estaban hechos a esta clase de trabajos» (Pol. III 79, 6). Livio, aunque viene a decir lo mismo, lo dice ya de otro modo y con ciertas novedades. «Los primeros —se refiere a los iberos y lybios citados en el párrafo anterior XXII 2, 3— precedidos solamente por los guías que les dirigían, salvando los profundos torbellinos que forma el río, aunque hundidos en el fango hasta la cintura, seguían sin embargo a sus enseñas. Mas los galos no podían ni mantenerse en pie ni levantarse cuando caían en algún bache, no sabiendo mantener el cuerpo con el ánimo ni el ánimo con la esperanza» (Liv. XXII 2, 5-6).

El paso de esta región duró cuatro días y tres noches de continuo caminar, pues el terreno no permitía descanso ni pausa. El mismo Hannibal que caminaba subido en el único elefante que les quedaba después de la dura invernada, perdió la vista de uno de sus ojos, atacado de oftalmia.

Traspuesta la cordillera de los Apeninos, y fuera ya de la región de las charcas, reconoció Hannibal el país que tenía ante sí y enterose de la posición del enemigo, el cual, al mando del cónsul Flaminio, acampaba junto a Arretium (Arezzo). El cartaginés dió descanso a sus tropas, que bien lo necesitaban, en las inmediaciones de Faesulae (Fiésole actual, cerca de Florencia). Continuó luego camino de Roma talando y destruyendo cuanto podía. Tenía la ciudad de Crotona y los montes a ella vecinos a la izquierda y el lago Trasimeno a la derecha.

Batalla junto al lago Trasimeno. 217

Exasperados los romanos al ver cómo Hannibal devastaba a su placer la región toscana, levantan el campo de Arretium y se encaminan hacia el Sur, en busca del enemigo. Era lo que Hannibal deseaba. El general púnico advirtió la maniobra y esperó en el valle estrecho, abierto entre el lago y las alturas que bordean el mismo por su parte Nordeste.

De nuevo Polybios y Livio nos hablan de los iberos. Dice el primero: «Habiendo entrado Hannibal por este lugar en el valle

inmediato al lago, tomó la montaña de enfrente y apostó en ella a los iberos y libyos. A los baleares y lanceros de la vanguardia los situó alrededor de los cerros de la derecha, dándoles la mayor extensión que pudo» (Pol. III 83, 2-3). Livio (XXII 4, 3) viene a decir lo mismo. La caballería y los celtas fueron instalados igualmente alrededor de los cerros de la izquierda, distribuyéndolos de modo que los últimos alcanzasen la entrada que entre el lago y los cerros conducía al lugar ya dicho. Toda esta maniobra se hizo siendo ya noche. El día siguiente amaneció neblinoso y oscuro. En estas condiciones Flaminius, que venía detrás de los carthagineses para darles alcance lo antes posible, se metió en el valle sin advertir la presencia del enemigo en las alturas. La densa bruma mañanera que cubría el fondo del valle no se lo permitía ver tampoco. Así Flaminius y su ejército se metieron en la ratonera. Por todos lados cayeron sobre el desprevenido general romano un enjambre de enemigos, que sin darle tiempo a tomar una determinación, deshicieron el ejército romano. Flaminius murió en la derrota, que causó unas 15.000 bajas en su hueste. Los que pudieron salir con vida huyeron como les fue posible. De las pésimas condiciones en que tuvo que luchar aquí el ejército romano dan idea muy gráfica las palabras que Polybios pone en boca del cónsul Aemilius Paulus cuando, recordando a sus soldados las pasadas desventuras, decía refiriéndose a Trasimeno: «No digo ya antes, pero es que ni siquiera durante la acción misma se llegó a ver al enemigo, oculto por la bruma que llenaba la atmósfera» (Pol. III 108, 9).

Un episodio final dió ocasión a Polybios para volver a citar a los iberos. Parece ser que 6.000 hombres de los que lograron romper las líneas carthaginesas pudieron refugiarse en cierto lugar de Etruria que los textos no precisan. «Terminada la lucha se destacó allá al capitán Marhabal con los iberos y lanceros, sitió el lugar por todas partes y los redujo a tal escasez que, depuestas las armas, se rindieron» (Pol. III 84, 14). Livio (XXII 6, 9 ss.) relata también el episodio pero sin citar a los iberos. La pérdida total de los carthagineses en Trasimeno se redujo a sólo 1.500 hombres, en su mayor parte celtas (Pol. III 85, 5).

A este desastre vino a unirse la derrota de los 4.000 jinetes del segundo ejército consular que Servilius había enviado desde Arriminius en ayuda de Flaminius, derrota que fue inferida por las gentes

que mandaba Marhabal (Pol. III 86, 4), entre las que pudieron estar los mismos iberos antes citados bajo su mando (12).

Escaramuzas en los pasos de Falerno y segunda invernada. 217-216

La victoria de Hannibal, aunque decisiva, no lo era tanto que le permitiera caer sobre Roma con seguridades de éxito rápido. Su ejército era insuficiente para intentar un cerco completo de la ciudad. Por otra parte, el cónsul Servilius conservaba aún casi intactas sus fuerzas. Con ellas podía poner en grave aprieto a los sitiadores. Hannibal, prudente, no quiso exponerse a un fracaso o a un sitio agotador e interminable. Creyó preferible esperar una ocasión más propicia.

Encaminóse entre tanto hacia las costas adriáticas. Acampó junto al mar dando descanso a sus tropas. En Roma había subido al consulado con poderes de dictador Q. Fabius Maximus, hombre cauto y astuto. Comprendiendo que los suyos no se hallaban en situación de presentar batalla campal a los invasores, sobre todo por la carencia casi total de caballería, se dedicó a estorbarlos e inquietarlos sin darles descanso ni reposo, aunque rehuyendo siempre un encuentro formal. El carthaginés, cuando creyó repuesto su ejército, levantó el campo encaminándose a lo largo de la costa hacia el Sur, hacia Apulia. Entró en la Daunia, que taló y destruyó impunemente, y luego se corrió hacia el O., hacia el Samnium. Arrasó el territorio de Beneventum, tomó Venusia, pasando después a las feraces llanuras de Campania por las gargantas del monte Eribano. Fabius Maximus supo contenerse, gastando con su táctica a los carthagineses.

Aproximábase, entre tanto, el invierno de 217 a 216. Fabius Maximus supo a tiempo que Hannibal proyectaba retroceder hacia Apulia para invernar en ella. Supo también que el camino elegido eran los pasos de Falerno. Estudió, pues, una hábil celada, para la cual se prestaba el terreno dócilmente. Pero Hannibal sospechó lo que el romano le preparaba, y tomó a su vez las medidas oportunas para

(12) Para esta batalla véase últimamente G. SUSINI, «Ricerche sulla Battaglia del Trasimeno, *Annuario dell'Accademia Etrusca di Cortona*, 11, 1956-60, 1 ss., importante sobre todo para esclarecer el lugar de la batalla que supone se dió entre Pieve Confini y la Còlle di Tuoro.

explotar en su favor los planes del romano. Así envió por delante a Asdrúbal con 2.000 bueyes del botín. Subió con ellos a una cumbre, atóles a las cornamentas haces de leña seca y esperó. Caída la noche manda prender fuego a los haces, colocando previamente y detrás de los bueyes, a los lanceros. «Al mismo tiempo —dicen Polybios— Hannibal parte hacia las gargantas y desfiladeros llevando en vanguardia la infantería pesada, a continuación la caballería, después el botín y, en la retaguardia, a los iberos y celtas» (Pol. III 93, 10).

Cuando los romanos que aguardaban en los desfiladeros vieron bajar sobre ellos aquel torrente de fuegos, creyendo que era Hannibal, salieron a su encuentro trabándose un combate en el que los romanos sorprendidos por el inesperado alud de aquellos dos mil toros ardientes y furiosos, dejaron de pelear sumidos en la mayor perplejidad y desconcierto. Fabius Maximus, no menos sorprendido, pero más sereno, se decidió a esperar la llegada del día en su puesto sin atreverse a enredar la batalla. Alzada la aurora juzgó prudente retirarse y Hannibal pudo hacer pasar su ejército con toda la impedimenta y botín. Una narración paralela se encuentra en Plutarco (*Fab. Max.* 7), pero colocada en Casilinum, Campania.

Tanto Polybios como Livio cuentan a este propósito un episodio digno de traerse aquí, por haber sido los iberos sus principales protagonistas. Al despuntar el día —cuentan— los romanos que habían quedado en las cumbres a la expectativa trabaron pelea con los púnicos. Hannibal entonces —dice Polybios— «destacó allá una parte de los iberos que llegando a las manos con los enemigos mataron un millar de romanos, incorporándose luego a poca costa con los infantes ligeros y bajando todos juntos» (Pol. III 94, 6). Livio, que cuenta la acción del mismo modo que el historiador griego, hace de los hispanos este elogioso comentario: «Habrían vencido los romanos de no haber llegado una cohorte de españoles enviada a tal fin por Hannibal. Acostumbrados éstos a las montañas y muy diestros saltando rocas, gracias a la agilidad de sus cuerpos y a la clase de sus armas, rechazaron con facilidad a los enemigos pesadamente armados sólo para combatir en la llanura a pie firme (13). Tras aquella desigual contienda, los hispanos, como los

(13) Vale la pena transcribir el texto latino, por definir muy claramente el modo de combatir de estos soldados hispanos. Dice así: *ea adsuetior mon-*

romanos, se volvieron a sus campamentos, aquéllos casi todos incólumes, éstos con algunas pérdidas» (Liv. XXII, 18, 2-4).

Todo el invierno y buena parte de la primavera lo pasaron, tanto Hannibal como los romanos, en el campo de Geunion, sobre el Norte de Apulia. Pero al final de la temporada cuenta Livio que se le fueron acabando las vituallas a Hannibal y que, en consecuencia, comenzaron a bullir los estipendiarios, llegando incluso a amenazar con la desertión. Afirma el historiador latino que Hannibal apenas tenía ya grano para diez días y que esta penuria «iba a producir la desertión de los hispanos» (Liv. XXII 40, 9). Y más adelante —añade el mismo historiador— «corrió el rumor de que los mercenarios, en particular los hispanos, habían determinado pasarse al enemigo» (Liv. XXII 43, 3). Estas referencias de Livio se tienen hoy como interpolaciones de los analistas, que dejaron deslizar más de una falsedad en los textos-fuente, con el fin de rehabilitar el honor romano tan mal parado en esta primera fase de la guerra. Sin embargo, hagamos ver que Dio parece hacerse eco de esta situación, cuando afirma que Hannibal «se hallaba falto de provisiones y en España la situación era confusa, yéndose los aliados» (Dio, LVII, 24).

En el verano se iba a producir la gran batalla de Cannae, donde veremos de nuevo a los iberos contribuir decididamente a la gran victoria de Hannibal. Pero ello será materia del próximo artículo.

tibus et ad concursandum inter saxa rupesque aptior ac levior cum velocitate corporum tum armorum habitu campestrum hostem gravem armis statariumque pugnae genere facile elusit. Hemos de ver muchos casos más muy semejantes a éste.